

MERCEDES MONMANY

Sin tiempo para el adiós. Exiliados y emigrados en la literatura del siglo XX

Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2021, 540 pp.

Hay algo obsceno en la consideración del “exilio de los mejores” que recorre de cabo a fin las páginas de este libro. Lo recorre en la forma de un lugar común, explícito e implícito, que a la postre acaba por configurar una idea general del exilio que también se hace mismamente lugar común con referencia a lo que deja de pensarse y queda definitivamente impensado. Es un exilio que huele a pintura más o menos fresca y tal vez ya un poco vieja de un decorado de la historia de la cultura con la que el espíritu europeo acaso busca aún salvarse y lavar no pocas de sus muchas y muy amplias responsabilidades. Menos mal que de los tonos triunfalistas de la tan aclamada “superioridad moral” de los vencidos nos salvó para siempre la precisión ejemplar de Primo Levi, cuya experiencia, por lo demás, no puede ser comprendida en ningún cajón de sastre que quiera hacerse del exilio. Lo dijo claro: “nos salvamos los peores”. Y con ello señalaba hacia la necesaria deconstrucción de las formas de culto que, en su entender, empezaban a rodear a ese punto de vista “otro” con el que la historia de siempre buscaba ponerse al reparo.

De esa mixtificación algo sabemos en España, sobre todo en lo que del caso acaso más directamente nos toca, como quedó claro en los fastos congresuales y en los discursos oficiales que acompañaron a las celebraciones y conmemoraciones del exilio de nuestra Guerra civil en su 80 aniversario. Después habrá que volver sobre ello, porque no se trata de ningún desvío: al contrario, este libro que parece hablar de otros exilios, como si con ello quisiera elevarse por encima del que nos toca y ver el nuestro como uno más entre tantos, para así, acaso, de ese modo o desde esa altura europea, tal vez poder salvarnos de nuestra tragedia identitaria en una perspectiva más amplia y de mayor estilo, en su intención acaso más justa y más certera, este libro, digo, a la postre revierte, con esa actitud y ese gesto de geopolítica europea, en el campo de la cultura española, y opera por tanto, tal vez sin querer, o sin querer queriendo, en la dirección misma de la oficialidad del gobierno y del aparato ideológico que en vario modo controla la Dirección General de conmemoraciones y festejos.

Habla de otra cosa, en efecto, este libro. Habla, en propiedad, de los exilios europeos del “siglo corto”, o mejor: de los exiliados cultos –en general escritores, con abundancia de intelectuales, artistas, editores– de ese tiempo al que le tocó en suerte –es un decir– vivir una de las mayores catástrofes de la historia moderna. Una catástrofe sucesiva, o en sucesión de continuidad, pues no otra cosa es el hilo que junta la Gran Guerra de 1914 con la Guerra civil española y con la II Guerra mundial y acaba cosiéndose a la Guerra de los Balcanes de los años 90. De todo ello habla, con sobrada erudición y buen conocimiento de cada caso concreto, pero lo hace desde un patrón que se erige como modelo del estudio de una realidad tan compleja e irreducible como es la pluralidad del exilio. Ese patrón o modelo que sirve de base es el que constituye la llamada *Exilliteratur*, es decir, una construcción entre teórica e historiográfica que nace para el estudio concreto de los exilios ligados a las culturas germánicas en el trauma de los años que separaron las dos guerras mundiales. Exilios y exiliados de aquella cultura *Mitteleuropea* que con tanta pasión e inteligencia ha estudiado Claudio Magris, por

ejemplo en *El anillo de Clarisse* o en *El mito habsbúrgico*, o también han hecho, aunque de otro modo, Janik y Toulmin en *La Viena de Wittgenstein*. Un exilio éste muy singular, sin duda, acaso demasiado específico para hacer del caso un modelo hermenéutico desde el que acercarse a la vasta fenomenología de los exilios, pues, en fondo, a pesar de las apariencias, y de lo dicho y repetido, no se trata tanto –aunque también– del exilio provocado por el ascenso totalitario del nazismo cuanto del exilio de ese *Mundo de ayer* descrito con tanta melancolía y pasión fría por Stefan Zweig: el exilio de un mundo perdido, la nostalgia por una sociedad desaparecida entre las ruinas y los escombros de la I Guerra mundial. Entendámonos: era un mundo en acelerado proceso de descomposición, incompatible con los signos de la nueva época, un mundo de residuos que Zweig canta en una suerte de *pathos* del rescate de aquellos sus valores transnacionales tan suyos de tolerancia y cosmopolitismo, de “refinamiento moral y humanista”, a la vez que miraba –aquel mundo– para otro lado o cerraba los ojos a sus muchos desmanes y a las muchas injusticias sobre las que se sostenía. Era el mundo perdido visto con los ojos de una clase acostumbrada a vivir regalada entre servidumbres y sufrimientos ajenos, un mundo de privilegios heredados en los que se habían mezclado sueños imperiales con fábulas encantadas en las que el gesto y el ademán hacían el significado de las cosas. Un mundo, pues, perdido: no un mundo que ellos abandonan, sino un mundo que los abandonó a ellos –aquellos sus habitantes mejor instalados.

Y lo que vino después calza bien con la metáfora del tren averiado que decía Robert Musil que era aquella Europa de entreguerras cuando hablaba “de nuestra [la suya, claro es, ampliada en la dirección de una insoslayable pertenencia de clase que hace propiamente al caso] completa indiferencia frente a los especialistas encargados de la máquina del Estado: éramos como esos viajeros de coche-cama que sólo se despiertan en el momento de la colisión”. Preciso, sin duda, sólo que ningún sueño salva al que duerme de sus responsabilidades (ya Freud andaba claro en ello y lo dejó dicho en aquel diagnóstico de patologías de clase bien que es *El malestar en la cultura*). Es cierto, estaban dormidos, añadamos que plácidamente dormidos, haciendo de la vida un sueño de pocos y una quimera de muchos, y el despertar, aunque tal vez pudo ser de otra manera, lo cierto es que fue un brusco despertar frente a las ruinas de su “mundo de ayer”, de repente fuera de juego, más aún que perdido, desaparecido. Aquella indiferencia de clase que señala Musil se pagó cara, claro está, como sabemos, y lo peor del caso es que parte de la cuenta tuvieron que pagarla “otros”.

No es ilegítimo preguntarse si ese particular “exilio del mundo de ayer” pueda ser el modelo más apto y adecuado para estudiar todos los exilios. Tal vez no, desde luego, y en ello, en esa elevación a norma lo que es de un caso, hay –creo– un claro intento de normalización del exilio, cuando, en propiedad, si algo enseña la experiencia exiliada es su misma imposibilidad de ser normalizada. Un acierto del libro, en este sentido, es su configuración y estructura de mosaico: falta de propósito un discurso general sobre el exilio, como si su experiencia no pudiera tener ni prólogos ni epílogos, porque es algo que empieza sin más, y, aunque anunciada, que no siempre lo es, lo suyo es siempre un inicio radical, como una irrupción, como algo que altera no ya el caudal y forma del río, su cauce, sino el mismo fluir del río de la existencia. Y así este libro, que empieza sin anuncio y sumerge al lector en su primer caso: Klaus Mann, el hijo del padre. Y siguen en una suerte de orden que es reflejo del desorden constitutivo del exilio: Robert Musil, Stefan Zweig, Joseph Roth, Jean Améry, Thomas Mann, Hermann Broch, Alfred Döblin, Siegfried Kracauer, Danilo Kis, Predrag Matvejevic, Natalia Ginzburg, Cesare Pavese, Yorgos Seferis, Czeslaw Milosz, Witold Gombrowicz, Gustav Herling, Norman Manea, Sandor Marai, Vladimir Nabokov, Nina Berberova, Joseph Brodsky, María Zambrano,

James Joyce, y tantos otros y otras, que se dice ahora. Cada caso un capítulo que se ofrece como ventana para asomarse al exilio. Cada caso un modo de ver y de vivir la cotidianeidad imposible del exilio. Cada caso una experiencia que se construye como tejido de experiencias propias y ajenas, como estructura de relaciones de un mundo de vida en fuga que se entrecruza con otras fugas. Cada sujeto hecho persona rebajada en la humanidad disminuida de esa fuga total que es este mosaico del exilio.

Tal vez falten algunos deslindes, aquilatar sutilezas y diferencias entre los distintos exilios que se nombran (exilio voluntario, exilio interior, etc.), así como dirimir entre los conceptos de migración y exilio, pues si bien es cierto que hay migraciones que son exilios también lo es que algunas de ellas no son precisamente exilios. Evitar el cajón de sastre es siempre buen método, al menos hasta donde se pueda, a sabiendas de que no todo en él es confusión y desorden. No hay dos exilios iguales, sin duda, quizá por la misma razón apuntada por Tolstoi en el comienzo de *Ana Karenina*: “Todas las familias felices se parecen; en cambio, las infelices lo son cada una a su manera”. Y es que la infelicidad, como el exilio, adquiere su carácter más esencial y propio en lo que falta, en lo ausente, en lo que es o está ausente, en la ausencia presente que da forma al ser de la persona. Y no es tanto lo que falta como privación de predicados, sino del mismo ser-ausente. Es en él lo que deja de ser que dicta ley, lo que queda interrumpido de manera definitiva: no lo positivo que falta, sino lo negativo que queda inscrito en el alma. Por eso es tan difícil dar cuenta de la verdad del exilio, de la verdad que alberga cada vida exiliada: ¿cómo contar lo que no pasó, no porque no pasó, sino porque dejó de pasar, siendo como era que estaba alojado en el horizonte del ser de la persona? ¿Cómo decir que son vidas rotas marcadas por un abrazo o un beso que estaba al alcance y no llegó nunca a poder darse? ¿Cómo contar que el exiliado no llega a vivir a otro lugar distinto de la patria, sino que arrastra sus días por calles que son sólo negación de la patria en un tiempo que se le ofrece como negación del propio tiempo, como negación de un futuro del que disponía la dimensión íntima de su ser antes de la quiebra? El exiliado vive siempre a destiempo y fuera de lugar. Lo que no quita, claro, para que puedan hacerse distingos, como muy bien supieron hacer algunos republicanos españoles al definirse “transterrados”. Y no es que el transtierro sea menos exilio, pero es un modo diverso de declinarlo: tal vez porque a ellos no les faltó ni el espacio ni el tiempo de la propia lengua.

El exilio español queda aquí desdibujado, y no por culpa de Zambrano, cuya elección honra a la autora de este libro, sino porque a la postre toda la potencialidad de su vida y de su mismo pensamiento (vida exiliada y pensamiento también mismamente exiliado, porque se trata, a la vez y de manera inseparable, de pensamiento “en el” exilio y de pensamiento “del” exilio) queda atrapada en un corsé ideológico que, vestido de corrección política y dominante en nuestro tiempo, sobre todo mira hacia la normalización de nuestra memoria reciente. Pero el caso es que el exilio no es un capítulo de nuestra historia, uno más entre otros, sino una de las constantes de nuestro mismo ser constitutivo. Nadie lo dijo mejor que Américo Castro: en los exilios de la Guerra civil convergían todos los exilios de esa “realidad histórica” que aún llamamos España. En el nacimiento está el exilio: desde los sefarditas en adelante todo fue un hilo de continuidad de esos otros españoles que eran –y son y siguen siendo– “españoles fuera de España”. De los que, por lo demás, las historias oficiales suelen olvidarse, y cuando no, visto el interés, o la intención, casi mejor que lo hubieran hecho.

El exilio es el envés de lo que somos. Por eso duele tanto leer frases como esta: “En un éxodo antes desconocido en la Historia, una enorme parte de la élite española más destacada, de todos los campos imaginables, salió del país” (p. 470). Duele porque desgraciadamente la experiencia del éxodo no era en modo alguno desconocida en la

historia de España –más bien sucede lo contrario. Duele esa consideración elitista del exilio, su íntimo desprecio de lo anónimo y de lo que queda sin nombre, de lo borrado, cuando, en propiedad, si pudiera hacerse una historia del exilio, si de verdad pudiera hacerse una historia capaz de acoger la verdad del exilio, en coherencia con el ser propio del exilio, con la ontología de lo exiliado, no podría más que empezar por lo borrado, por lo que quedó anónimo y sin nombre, por lo que no logró éxito ninguno –pues eso es lo que es, en verdad, el exilio: un sustantivo fracaso. Y sólo a la luz de ese fracaso sustantivo es posible contar el devenir de algunas vidas exiliadas y su relación con el éxito.

Duele la insistencia en lo de “los mejores” o en lo de “los más destacados”. Duele porque se hace pretexto y levanta una historia falsa. Hoy sabemos desde hace mucho que no hay ninguna necesidad de introducir un criterio heroico para contar bien la historia, tampoco la del exilio, toda vez que eso mismo, como queda dicho, contraviene la misma naturaleza del ser-exiliado. Hay, en este sentido, un canto al Gexel de Barcelona que –por falso– no puede pasarse por alto. Falso no es el canto (pp. 471-472), claro está, sino lo que el canto dice, y, sobre todo, la idea que promueve. Pareciera que el estudio del exilio de la Guerra civil española empezara en 1993, cuando dicho grupo de investigación se constituyó, como dice la autora, dentro del Departamento de Filología Española de la Universidad Autónoma de Barcelona. Un dato preciso, sin duda, sólo que no es ningún inicio, si acaso un impulso (del que quizá podrían decirse tres o cuatro cosas no precisamente encomiables) a algo que venía de bastante atrás y aquí se silencia, como son, por ejemplo, los trabajos y seminarios que en Madrid llevaban a cabo con no menos solidez y empeño José Luis Abellán en la Universidad Complutense y Francisco Caudet en la Autónoma. Las publicaciones de uno y otro, así como las de algunos de sus discípulos, por no decir de Marra López, hablan por sí solas, tienen fecha y pueden verse sin dificultad en el caso de que a alguien interese aún, frente al dominio del relato que reconstruye la historia al eco del dictado de las leyes de memoria, la efectiva verdad de las cosas que el relato canta o cuenta.

Un libro no es nunca un absoluto, sino un horizonte de lectura. Y la lectura, claro es, adviene siempre en un contexto. En este sentido cabe decir que hay silencios que hablan por sí solos, aunque a veces, en lo que hace al caso, no siempre quede claro si el silencio es deliberado o si es silenciamiento, mero descuido o traición de la retórica que mezcla lugares comunes con voluntad de gran estilo. Con todo lo que ha llovido desde el después de aquel entonces, como lo llamaba Zambrano, no es posible seguir hablando del exilio de la Guerra civil española en su reducción al exilio de los vencidos. Antes pudo hacerse, pero hoy, precisamente por el contexto en el que estamos, contexto cultural, social y político, no es posible seguir haciéndolo, no es posible seguir con esa reducción que, por lo demás, ha sido tan cómoda para la implantación y dominio de la lógica de los “hunos” y de los “hotros”. Hubo, en verdad, como ya se sabe bien, otro exilio: podría decirse que fue el exilio de la Tercera España, aunque esto, en fondo, sea impropio, pues, en efecto, más bien, se trató de cuantos se exiliaron en 1936. No, pues, al final de la guerra, entre el otoño del 38 y el invierno del 39, sino al principio de la misma, justo en los meses que siguieron al estallido de la contienda (efecto ésta, claro es, de un golpe de estado que no prosperó y acabó en la peor de todas nuestras guerras civiles). Acaso digan que también se habla en este libro de Chaves Nogales, por ejemplo, pero el caso no es que se hable de uno u otro, sino que no se reconoce la diferencia específica entre los dos exilios. Y al no hacerse sucede que todo lo exiliado de entonces cae dentro de un concepto de exilio que ha sido construido desde la experiencia del de los vencidos, un concepto tal que a la postre desvirtúa la experiencia del exilio del 36. Eso cuando se la nombra, porque el intento general primero de nuestro tiempo es borrarla y hacer que los exilios de la

Guerra civil coincidan con los del final de la guerra. Y cuando no se puede silenciar, de segundo, se la intenta comprender (malinterpretar) desde una categorización impropia.

Subyace la idea de que hay un exilio bueno y otro malo, o menos bueno, y una nobleza en la derrota que no puede ser reconocida en quienes no se sumaron a la defensa bélica de la República. Los exiliados del 36 también perdieron la guerra, aunque entre ellos también hubo quienes al final pensaron que la habían ganado, o quienes también pensaron, de otro modo, que podrían ganarla una vez que terminara. No fue así, también eso nos es hoy suficientemente claro –tanto como para desconfiar de los que siguen otorgando patentes del exilio que buscan poner ciertas cosas al reparo de todo. También la suya fue una amarga derrota, y ello aunque ambas, la amargura y la derrota, se declinaran de maneras bien distintas.

El del 36 no fue un “exilio voluntario”, como el de Joyce, por ejemplo, cuyo capítulo sigue al de Zambrano y traza un equilibrio secreto en este libro. Habla Joyce de quienes se exilian en busca de pan y quienes lo hacen en busca de alimento para el espíritu. De éstos dice que son “sus hijos más distinguidos” –hijos de la patria, se entiende. Tal vez no. Tal vez se equivocaba. Tal vez nunca fueron esos los hijos más distinguidos de la patria, salvo que con ello se entienda y refiera a los que consiguieron distinciones, medallas y prebendas. Poca cosa, si se trata de ir al fondo de las cosas. Aquí Unamuno – otro de nuestros exiliados del pasado siglo– hablaría de la intrahistoria y se serviría de esa hermosa metáfora de las olas marinas y de la espuma de la superficie, y del fondo oscuro, de ese fondo invisible y silencioso donde reside la fuerza anónima que lo mueve todo. Es obvio que un libro debe juzgarse por lo que es y no por lo que le falta, pero siendo el exilio precisamente una falta aquí también duele lo que falta. *Porque es nuestro el exilio. No el reino.*

FRANCISCO JOSÉ MARTÍN
francisco.martin@unito.it